

En nombre de la Agrupación Universitaria Misión,
Señor *Enrique Morad*

Vengo en nombre de los estudiantes universitarios reunidos en Misión a despedir los restos de quien fuera nuestro fundador y maestro en los años de formación transcurridos.

Y si ya resulta singular en nuestros tiempos que un grupo de estudiantes se reúna alrededor de un maestro —ya que la antinomia del mayor y menor, del que enseña y el que aprende, del que vive y el que empieza a abrirse camino es la corriente vigente— mucho más singular ha de resultar el destacar que el maestro a quien despedimos lo es en el más acabado sentido de la palabra: aquél que dice la Escritura que enseña Verdad.

Y mucho más singular, todavía, y por ende destacable, resulta el que nuestro maestro sea también sacerdote, que nos trae la Gracia de Dios y nos lleva hacia El. Y esto lo hace sin que uno apenas lo perciba. El, sacerdote, ha sido puente para sus discípulos, y ha sido camino, y en camino, guía.

Pero todo esto que venimos torpemente destacando es todavía mucho más, porque nuestro maestro es también señor. Nuestro maestro ha tenido señorío, solera que le viene de raza, pero que él supo llevar a sus cumbres más altas, ciertamente como muy pocos aquí en la tierra y muchos menos en el tiempo de hoy; porque en la tierra, en el tiempo de hoy, no se es señor. Las cosas que Dios le dio al hombre no son señoreadas por el hombre y luego el hombre no es señoreado por Dios.

El supo, sin embargo y como ninguno, enseñarnos a ser hombres cristianos, pese a la tierra y al tiempo de hoy, aprovechando de la tierra y del tiempo de hoy.

No le bastó ser un gran sacerdote. Fue también un gran caballero cristiano. Y transmitió en todos sus actos y en toda su vida, su grandeza de señor. No sólo digo que la puso de manifiesto. Destaco que enseñó a serlo a quienes de él aprendimos. Y si la posesión de la lección no está del todo acabada, ha de ser falla del receptor, porque nunca la hubo, en ese sentido, en el transmisor.

Por eso decíamos al principio que esto es singular. No muchos acaban su paso por la tierra y dejan estela de semejante porte. Ciertamente de muy pocos se puede decir con más propiedad que de él, aquello de San Pablo que tantas veces le oímos: “todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios”.

La Agrupación Universitaria Misión quiere recoger también este estilo del Padre: sus miembros van a ser cada día más señores, como

él lo fue, con todas las notas que ello implica.

La Agrupación Universitaria Misión, junto al resto de la Obra, hoy domina su sentimiento de dolor, comprensible, y se alegra porque ha ganado un intercesor más ante el Trono de Dios. Ha de ajustar su modo y su conducta en el sentido que de él aprendió. Ha de bregar, con mayor vigor que nunca por la construcción de un mundo que lleve de nuevo al hombre a Dios. Tiene como estímulo y ejemplo la propia vida del Padre, como seguramente no muchos han de tener. Esto ha sido un don de Dios del que somos plenamente responsables.

Padre: como usted nos enseñó, aquí estamos para ir por un mundo que sea casa de Dios.

Querido Luis *: quiero cerrar estas palabras que me ha tocado pronunciar en nombre de Misión, para decirte en nombre y delante de todos, que queremos comprometer nuestras vidas por la causa que vos nos enseñaste.

Te pedimos nos ayudes para poder ser fieles a este compromiso y lo mismo hagas con tantos otros que ya, estoy cierto, te han dicho lo mismo.

Y para terminar, querido Luis, sólo me resta decirte: gracias por tu vida y por tu muerte.

A handwritten signature in cursive script, reading "Enrique R. Bono", written in dark ink on a white background. The signature is fluid and somewhat stylized, with a horizontal line drawn underneath the name.

* El cambio de tratamiento responde al vínculo familiar que unía al orador con el Canónigo Etcheverry Boneo.